

ENSAYO

Raíces de Rulfo

Dos biografías del escritor mexicano celebraron en 2003 el 50º aniversario de la primera edición de *El llano en llamas*. Miradas sobre su origen literario, su silencio y su vida privada.

ANNA BECCIÚ

Nuria Amat hace en *Juan Rulfo, el arte del silencio* la biografía de Rulfo desde su óptica de escritora. Como señala Virginia Woolf a propósito de las nuevas maneras de la biografía inglesa de comienzos del siglo XX, cuenta "verdad por un lado y por otro personalidad", entregándonos "una amalgama de sueño y realidad, una mezcla de biografía y autobiografía, de hechos y ficción". Una intención que la autora hace explícita desde la primera página, autocitándose, con esta frase: *¿El biógrafo es la biografía?*, y que convierte a su Rulfo en un libro apasionante.

Amat fundamenta en la muerte del padre del escritor su teoría literaria: la orfandad instala una ausencia y el escritor nace de esta ausencia. Rulfo tiene seis años cuando "un joven muy borracho y pendenciero" mata a su padre, Don Cheno, patrón de hacienda, en el Estado de Jalisco. Sirviéndose de las anotaciones de los *Cuadernos de Juan Rulfo*, publicados póstumamente en 1994, de testimonios y de fragmentos de la obra rulfiana, Amat, con gran habilidad narrativa, pone en evidencia de dónde ha podido partir Rulfo para crear la atmósfera y el lenguaje de esa cumbre de la literatura que es *Pedro Páramo*. La orfandad, la lectura como refugio frente a la violencia del mundo, la memoria, la creación de un lenguaje para nombrar la ausencia y el silencio que, en Rulfo, "más que una amenaza parece un destino", son los temas principales analizados en esta biografía.

Autor de dos únicos libros pu-

blicados antes de los cuarenta años, Rulfo vivió cuarenta años más transformado en un mito viviente. Había escrito dos libros fundacionales para la literatura hispanoamericana moderna, y luego ya no volvió a publicar. Amat analiza este hecho magistralmente. Es, a mi juicio, lo más importante e inquietante de su libro. El *silencio* de Rulfo, al que la escritora se refiere a veces como un *suicidio literario*, es algo que evidentemente la perturba ("¿Por qué escribir sobre el silencio del no si yo tampoco soy una fábrica de palabras? [...] El eco de Blanchot nos sigue por la casa: el silencio (dejar de escribir) no es solamente dejar de escribir; es el no dejar de dejar de escribir").

La autora aventura también la hipótesis de una prolongada depresión melancólica que habría padecido Rulfo a raíz de su infancia traumática y cuya manifestación visible habría sido el alcoholismo. Su extremada exigencia literaria unida al alcoholismo habrían desembocado en el *silencio total y repentino*. Y concluye: "El silencio será el segundo asesino de esta historia o biografía, después del crimen famoso contra el padre: Don Cheno. Si la literatura (Deleuze) es padre madre, resulta casi de libro que el padre de *Pedro Páramo*, una vez engendrada la novela y salva-da (crecida) en el extranjero, repita la orfandad que le hicieron cuando hijo [...] Rulfo desprecia la novela. La entrega como ofrenda a Comala, su región de origen. Y termina con ella...". Para Amat, Rulfo es "un prede-



Juan Rulfo (1918-1986) visto por Loredano.

cesor del arte silencioso de la literatura del siglo XX", que mediante su obra y su compromiso con la literatura "establece un diálogo con la tradición literaria más inefable", cuyos nombres son: Rimbaud, Kafka, Celan, Robert Walser, W. G. Sebald. Sebald, autor que obviamente Rulfo jamás leyó, le permite elucidar un aspecto muy interesante de la actividad artística del mexicano: la fotografía. Establece entre ellos un vínculo: ambos "hacen fotogra-

fías para señalar los caminos y precipicios de su escritura".

En el capítulo reservado a las lecturas que influyeron en la obra del escritor mexicano, con justeza afirma que Rulfo *es un eco prodigioso de una serie de escritores*. Mediante una comparación de textos, intenta demostrar la deuda de Rulfo con ciertos escritores, en particular con María Luisa Bombal, autora de *La Amortajada*, novela de 1938, y a quien García Márquez llamó "la adelantada de lo

que se ha dado en llamar el realismo mágico". Sin embargo, la afinidad que Amat ve entre la prosa de Rulfo y la de Bombal es discutible. Se limita a que en ambas novelas hablan muertos, pero la chilena cultiva una prosa todavía modernista, adjetivada, y en la de Rulfo, en cambio, el sustantivo es, como él mismo dijo, la sustancia. *Juan Rulfo, el arte del silencio* es, más que una biografía, una indagación sobre la creación literaria.

Distinto es el criterio adoptado por Reina Roffé. Su *Juan Rulfo, las mañas del zorro* es un trabajo exhaustivo, ciertamente útil para quienes, a la hora de emprender un estudio, necesitan disponer de datos (que la autora se ha esmerado en recabar y contrastar) y de testimonios sobre la vida del escritor, si bien muchos de estos testimonios no son imprescindibles para la comprensión de la obra literaria. Me refiero a las apreciaciones subjetivas de algunos episodios de la vida privada de Rulfo: el *scoop* de una amante al final de su vida o las elucubraciones de algunos de sus amigos sobre su vida matrimonial. Roffé aborda tangencialmente el tema del "silencio" de Rulfo y afirma, no sin razón, "que un escritor de éxito dejara de publicar no resultaba entonces [en los años setenta] tan extraño como ahora". Insiste en que Rulfo *persistió hasta el final* porque escribir *era su máxima aspiración*. Era para él una actividad comparada a la de la Clarice Lispector para quien escribir era "horrible".

El libro incluye, y es de agradecer, una bibliografía muy completa, con todas las ediciones de la obra rulfiana hasta la fecha, los estudios críticos y la filmografía.

Juan Rulfo, el arte del silencio. Nuria Amat. Omega. Barcelona, 2003. 520 páginas. 52,88 euros.

Juan Rulfo, las mañas del zorro. Reina Roffé. Espasa. Madrid, 2003. 304 páginas. 13,50 euros.

La anécdota como periodismo

"La belleza de las cosas está, más que en ganarlas, en perderlas", escribió en 1948 César González-Ruano. Una reflexión que se recupera junto a los textos periodísticos que escribió entre 1943 y 1965 este escritor madrileño. Un dandi bohemio y un derechista ilustrado.

OBRA PERIODÍSTICA (1943-1965)

César González-Ruano
Edición y prólogo de Miguel Pardeza Pichardo
Fundación Cultural Mapfre
Vida. Madrid, 2003. Dos tomos
85 euros cada uno

JAVIER VALENZUELA

En septiembre de 1949, César González-Ruano publicó un artículo en *La Vanguardia* en el que afirmaba que, tras haber pasado varios años en Roma, Berlín y París, se consideraba un "corresponsal en Madrid". Y añadió que le gustaba mucho informar del tiempo. "La cantidad de cosas que sugiera un tema aparentemente tan baladí y efímero, es infinita y con frecuencia da tan buenos como incalculables resultados", escribió.

El comentario tenía el cinismo característico de González-Ruano: en el Madrid triste y opresivo del franquismo las únicas noticias no controladas por el poder eran las meteorológicas. Pero también era una declaración de intenciones literarias y periodísticas: prefería los temas pequeños a los gran-

des. Insistió muchas veces en ello a lo largo de su carrera de poeta, novelista y periodista. En diciembre de 1951 señaló en *Arriba* que, en contra de lo que predicaban, y predicaban, los capataces del oficio, lo que le ocurre al periodista puede ser lo más interesante para el lector. "Así como en la novela lo local puede ser exactamente lo universal, en el artículo o en la crónica difícil que exista nada más general que lo personal, nada más objetivo que lo subjetivo".

Con una cuidada edición y un excelente prólogo de Miguel Pardeza Pichardo, nos llegan ahora los textos periodísticos que González-Ruano publicó entre 1943, el año de su regreso a España tras sus estancias en Roma, Berlín y París, y 1965, el de su muerte. Son cientos de crónicas, columnas, entrevistas y reportajes que demuestran que, pese a su gusto por la buena vida, fue un esclavo de la pluma. González-Ruano escribió a destajo y publicó en todos los diarios importantes de la época: *La Vanguardia*, *Madrid*, *Arriba*, *El Alcázar*, *Informaciones*, *Pueblo* y *Abc*. Lo hizo siempre con una prosa cuidada, ingeniosa, amena, inteligente, muy dotada para el impre-

sionismo y el costumbrismo y capaz de cultivar todos los géneros. En la distancia brilla su capacidad para el retrato. Véase, por ejemplo, esta evocación de los hermanos Machado publicada, en 1955, en *Arriba*: "El cuerpo de don Antonio, mal sostenido en aquellas grandes botas desilusionadas, andaba encorvado, renqueante, con algo de caballo que van a llevar a la plaza de toros y que ya lleva recosida la barriga. Manolo, con sus zapatitos limpios, con sus patitas de bailaor, andaba con paso gracioso y aun quien le viera de espaldas imaginaba que llevaba en la boca el cigarro del que va a la plaza y sabe cómo se tienen que hacer las cosas. Pero el entrañable era Antonio, don Antonio, mientras que a Manolo se le buscaba para tomar una copa".

González-Ruano fue un dandi bohemio, un pícaro con clase y un derechista ilustrado. A España volvió en 1943 tras haber sido encarcelado en París por los nazis en un episodio vinculado con actividades de engaño e incluso delación de judíos. En cualquier caso, la España franquista no le gustó. Hasta el final de sus días, aquel de-



César González-Ruano (1902-1965).

rechista liberal y monárquico mantuvo una gran nostalgia de la Europa cosmopolita que había conocido y un profundo desdén por el paletismo del régimen. Pero se acomodó, como tantos otros, porque auguró que el franquismo sólo moriría con Franco y que, como ni comía, ni bebía, ni fumaba, ni fornicaba, el dictador tenía para largo. Entretanto, él pensaba seguir comiendo, bebiendo, fumando, fornicando... y publicando.

No se plegó, sin embargo, a la hagiografía y la propaganda que reclamaba el régimen de los periodistas. Su válvula de escape fue la anécdota. Como escribe Pardeza, se centró en "el disfrute de la bagatela, la búsqueda de lo lírico como

cosmético para bruñir la actualidad y la certeza de que no había mensaje más universal que la propia subjetividad". González-Ruano no llegó a conocer el leve aperturismo de la ley de Prensa de Fraga, que, en 1966, abolió la tétrica ley de 1938, custodiada con tanto celo por Arias Salgado. Y así fue desgranando textos sobre asuntos supuestamente fútiles que han resistido muy bien al tiempo. "Lo que debería estar prohibido, pero que muy prohibido, es tirarse por una ventana sin mirar antes quién pasa por abajo", escribió en agosto de 1948 en *La Vanguardia*, comentando un suceso tragicómico. Cuatro meses después, en *Arriba*, sentenció que "la belleza de las cosas está, más que en ganarlas, en perderlas"; y precisó a continuación: "Hay que perder con buen humor".

Más tarde, a finales de los cincuenta, publicó en *Pueblo* artículos chispeantes sobre los relojes, las panoplias, los braseros, las macetas, las bolas de papel de plata o la televisión. Y en los sesenta lamentó en *Abc* que la piqueta fuera derribando uno tras otro los viejos palacios de Madrid o relató un almuerzo en una tasquita del barrio de Salamanca con Nicolás Guillén. Así hasta que, el 14 de diciembre de 1965, publicó esta reflexión en el diario monárquico: "Voy creyendo firmemente que todo reside en la costumbre. Y que, muchas veces, la muerte puede consistir en ir perdiendo la costumbre de vivir". Ése fue su testamento.